

EL INFORME WITZIG

Alfonso Escuadra Sánchez / Instituto de Estudios Campogibaltareños

El impresionante bloque gris del antiguo Reichsluftfahrt Ministerium, el Ministerio del Aire del Reich, aún se levanta entre la Leipzigerstrasse y la Prinz Albercht Strasse, hoy calle Niederkirchner. En su día, sus muros grises acogieron el sin fin de dependencias que componían el Cuartel General de la Luftwaffe, las Fuerzas Aéreas alemanas. A poca distancia del majestuoso espacio ocupado por su Comandante en Jefe, se ubicaba el despacho de su Oficial Ayudante, una de las figuras más cercanas al *Reichmarschall*. Entre los oficiales adscritos a este cargo se encontraba, desde comienzos del verano de 1940, un capitán de veinticuatro años llamado Rudolf Witzig.

El *Hauptmann* Witzig había nacido en el pueblecito westfaliano de Rölinghausen. Se había formado en la Academia de Dresde, para recibir luego formación de su especialidad en la Pionierschule de Rehagen-Klausdorf. Aunque a comienzos de octubre de 1931 ya mandaba una Sección en el Batallón de Zapadores 31, su cuidada formación como especialista en operaciones de asalto, unida al adiestramiento paracaidista al que fue sometido más tarde, terminaron haciendo de él uno de los oficiales más capacitados para mandar una unidad de choque. Así, cuando el Ejército se decidió a constituir en Braunschweig un batallón experimental de este tipo, su nombre aparecía en el listado de los oficiales propuestos para hacerse cargo de una de sus compañías.

Pero el gran cambio para el joven teniente había tenido lugar a finales de 1938 fecha en que, como consecuencia de un amplio programa de reorganización de efectivos, la Wehrmacht le había autorizado a continuar su prometedora carrera militar en las unidades aerotransportadas de la Luftwaffe. De esta forma, a comienzos de enero de 1939, Witzig había vestido por primera vez el uniforme gris azul de las Fuerzas Aéreas alemanas.

Sus nuevos jefes tardaron muy poco en darse cuenta de sus enormes posibilidades y, apenas diez meses después, le habían confiado el mando de la Sección Zapadores (*Pionier Zug*) de su principal unidad de asalto, la recién creada Fallschirmjäger Sturm Abteilung Koch; un Batallón de Asalto Paracaidista llamado así en honor de su comandante, el entonces *Major* Walter Koch.¹

En mayo de 1940, sirviendo a las órdenes de este, los comandos de Rudolf Witzig habían protagonizado la que sin duda había sido la mayor hazaña táctica de la recién concluida Campaña Occidental. Sirviéndose de una decena de planeadores, los ochenta hombres del llamado Granit Gruppe de Witzig habían descendido en pleno corazón de las defensas belgas y, tras una breve lucha, habían tomado la Fortaleza Eben Emael, considerada por los expertos militares de la época la "obra fortificada más importante del mundo". Su conquista había hecho saltar el sistema defensivo belga, permitiendo que un ariete terrestre se abriese camino y dislocara todo el sector norte del frente occidental.²

El 10 de mayo de 1940, apenas dos meses antes de ser destinado al Kommando Stabamt Reichsluftfahrtministerium -Departamento de Estado Mayor del Ministerio del Aire-, el *Führer* en persona había impuesto a Witzig la máxima condecoración que su país podía conceder por una acción de guerra, la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro. Pero además, se daba la circunstancia de que, al no haber tenido tiempo de ganar aún ninguna de las recompensas previas exigidas para la Ritterkreuz, nos referimos a la Cruz de Hierro de Primera y Segunda Clase, sus superiores se habían visto obligados a otorgárselas también a toda prisa.

No obstante, a pesar de la celeridad con que se hicieron los trámites, se produciría una singular paradoja evidente a todo aquel que se detenga a reparar sus documentos personales. Y es que, las fechas de los diplomas de concesión de estas cruces son posteriores a la que figura en el correspondiente a su Cruz de Caballero;³ algo tan excepcional como la hazaña que le había hecho acreedor de tan importantes distinciones. Pero además de haberle catapultado hasta la misma cúpula de mando de la Luftwaffe, en la realización de esta hazaña es donde se encuentran también las razones que, aquel verano de 1940, iban a propiciar la participación de Witzig en una importantísima misión secreta; una misión clave para la guerra, que afectaba directamente a España, y que iba a exigir su traslado desde el mismo corazón de Europa hasta las inmediaciones del Peñón de Gibraltar.

Todo había comenzado a mediados de julio de 1940, cuando el *Hauptmann* Witzig recibió una comunicación clasificada en la que se le ordenaba presentarse en la sede central que el Abwehr, el Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas alemanas, tenía en la berlinesa Tirpitzufer, en una planta colindante con los bloques del Alto Mando del Ejército y la Marina.

Desde la recepción de la orden, el joven oficial había estado haciendo cábalas sobre el motivo de su llamada. La multitud de dudas que le surgieron aún seguían sin respuesta mientras, acompañado tan solo del sosegado discurrir del cercano Spree, el día señalado se dirigía hacia la escalinata de entrada del sobrio edificio del servicio secreto.

Tras la rendición de Francia, Witzig había tenido sobradas ocasiones para comprobar que, al igual que ocurría en toda Alemania, la mayoría de sus compañeros de la Luftwaffe se mostraban absolutamente seguros de que la firma de un acuerdo de paz definitivo con Gran Bretaña era simple cuestión de días.

¹ Bundesarchiv. Aussenstelle Kornelimünster. Historial del *Oberst* Rudolf Witzig.

² R. Witzig, *Golpe desde el cielo: conquista del Fuerte Eben Emael. Así fue la Segunda Guerra Mundial*, Noguer-Rozzoli-Purnell, Barcelona 1972, págs. 182-185. Otro testimonio de un veterano de la operación lo encontramos en H. Wenzel *Jeder Handgriff musste sitzen. Der II Weltkrieg. Schritt über die Grenzen (1938-41)*, Pawlak Verlag, Hamburgo, 1989, págs. 225-228.

³ Original puesto a disposición del autor por Rudolf Witzig.



Figura 1. El *Leutnant* Rudolf Witzig, en 1937, recién concluido su curso en la Escuela de Zapadores de Rehagen-Klausdorf.



Figura 2. Witzig en uniforme de paracaidista de asalto, mostrando las importantes condecoraciones recibidas por la conquista de Eben Emael.



Figura 3. Witzig y el resto de los jefes paracaidistas posa junto a Hitler el día en que fueron condecorados con la Cruz de Hierro.

Comunicaciones

Aunque sin ser del todo cierto, los oficiales más optimistas reconocían abiertamente que sólo el concurso de unas condiciones atmosféricas desfavorables, habían impedido que las escuadrillas de Stukas y bombarderos terminasen con el cuerpo expedicionario británico en las arenas de Dunkerque. De todas formas, a pesar de que una importante proporción del mismo había conseguido alcanzar las costas del sur de Inglaterra, a nadie se le ocultaba que, sobre las playas francesas, había quedado todo su equipo y gran parte de su moral.⁴ Eran muchos los convencidos de que una oferta de paz bien planteada, combinada con algo de presión militar, tenía que ser suficiente para llevar a los británicos hasta la mesa de negociaciones.

La alianza con Gran Bretaña había sido desde siempre el sueño de Hitler⁵. En consecuencia, desde la redacción de *Mein Kampf*, amplísimos sectores del nacionalsocialismo se venían mostrando reacios a desechar la idea de que, superado el antiguo enfrentamiento colonial de la época del Kaiser, los intereses de ambos países lejos de estar enfrentados fuesen verdaderamente complementarios dentro de un planteamiento global.

Este planteamiento había dejado su huella, sobre todo, a lo largo de la primera mitad de la década anterior; años en los que la diplomacia alemana había intentado, no sin cierto éxito, configurar un "Nuevo Orden Mundial" en el que Gran Bretaña estaba destinada a jugar el papel de primera potencia naval⁶. De hecho, es posible identificar una época dorada en las relaciones germano-británicas; época en la que, precisamente, Gibraltar llegaría a servir de improvisado escenario para algunas de sus más curiosas manifestaciones.⁷

Aunque con ciertos matices, este periodo debe situarse cronológicamente entre la firma del Pacto Germano-Británico (1935) y la primera fase de la *Blumenkrieg* (1938), para decaer posteriormente a lo largo de un proceso que se iniciaría con la ocupación del Protectorado checo, terminando en la declaración de guerra británica del 3 de septiembre de 1939.⁸

De todas formas, aún teniendo en cuenta este trasfondo, resulta desde luego sorprendente que, aún en fechas tan avanzadas como el verano de 1940, a diez meses ya del estallido del conflicto, el Alto Estado Mayor de la Wehrmacht no sólo careciese de unos detallados estudios tácticos para el caso de tener que abordar, sobre la derrota de Francia, una operación contra las Islas, sino que ni siquiera tenía claro cual debía ser el principio estratégico que debía imperar para el caso de tener que procurar la derrota militar de los británicos.⁹

Historiadores británicos han documentado como, tras la caída de Francia, los ingleses vivieron unos meses bajo la psicosis de una invasión alemana; una psicosis que, curiosamente, era artificialmente alentada tanto por la propaganda de Goebbels como por su propio gobierno.¹⁰ Sin embargo, la practica totalidad de los especialistas de las altas instancias militares y navales alemanas siempre consideraron aquel inminente desembarco, que tan útil resultaría a Churchill para poner la nación en pie de guerra, como una gigantesca farsa que tan sólo podía tener sentido como amenaza.

La Kriegsmarine había estudiado por su cuenta las posibilidades de éxito que tendría una operación de este tipo y sabía de las serias dificultades con las que, tan sólo a causa de la falta de medios, la inexperiencia, o los imponderables meteorológicos, traía consigo.¹¹ Igualmente, consciente de sus propias limitaciones, la opinión del Ejército al respecto

⁴ Una buena forma de adentrarse en los entresijos del famoso reembarque lo constituye la obra de Richard Collier *The Sands of Dunkirk* (1961) de la que existe edición española como *Las Arenas de Dunkerque*, Plaza & Janés Ed., Barcelona, 1968.

⁵ Al respecto véase, A. Hitler, *Mein Kampf*. Franz Eher Verlag, Salamanca, 1937, Cap. XIII "La política aliancista de Alemania después de la guerra", págs. 321-340.

⁶ D. Irving, *El camino de la guerra*, Planeta, Barcelona, págs. 83 y ss.

⁷ A. Escuadra. "Gibraltar 1937: Encuentros germano-británicos durante la Guerra Civil Española". *Almoraima* n° 17, IV Jornadas de Historia del Campo de Gibraltar, abril 1997.

⁸ A.J.P. Taylor, *The origins of the Second World War*, Pinguin Books, GB 1961, págs. 20-22.

⁹ W. Warlimont, *Im Hauptquartier der Deutschen Wehrmacht 1939-45*, Frankfurt am Main, 1962, págs. 103 y ss.

¹⁰ P. Fleming, *Operación Leon Marino. Hitler y la Invasión de Inglaterra*, Ed. Juventud, Barcelona 1960.

¹¹ W. Raeder, *Mein Leben*, Franz Schlichtenmayer Verlag, Tübingen, 1958, ed. Española Luis de Caralt Ed., Barcelona 1958, págs. 373 y ss.

tampoco era demasiado favorable. De manera que, aunque los noticiarios alemanes se hicieran intensamente eco de unos preparativos aparentemente gigantescos y, aunque en los semanarios de la *Ufa* se pudieran repetidamente ver a los soldados alemanes practicando maniobras de desembarco, los principales mandos germanos eran conscientes de que *Seelöwe*, nombre clave de la fantasmal operación, era tan sólo un calculado espejismo.

En el entorno cercano de Witzig las opiniones que generaba aquel "León Marino" no eran mejores. El propio Jefe de Estado Mayor de la Luftwaffe, *Generalmajor* Hans Jeschonnek había confiado abiertamente a uno de sus más estrechos colaboradores, el *Oberstleutnant* Sigismund Freiherr von Falkenstein oficial de enlace entre la Luftwaffe y el Alto Mando de la Wehrmacht, que las Fuerzas Aéreas no debían perder un solo minuto estudiando los preparativos de una operación que, en buena lógica, nunca iba a tener lugar.¹² De manera que, en contra de lo que sobre todo la historiografía británica más oficialista ha venido tradicionalmente manteniendo desde entonces, el objetivo básico de las acciones que la Luftwaffe llevaría a cabo durante la mitificada Batalla de Inglaterra, nunca consistiría en abrir el camino a una invasión, sino más bien en forzar, desde las aún desconocidas posibilidades estratégicas de los bombardeos, una salida negociada.

No obstante, a comienzos de junio y con la famosa Fuerza "H" con base en Gibraltar como protagonista, los británicos ya habían dado en Mers-el-Kebir claros y preocupantes indicios sobre su firme actitud de continuar la lucha contra Alemania;¹³ indicios que iban a quedar confirmados semanas después con el rechazo de las ofertas de paz que, el 19 de julio, Hitler les lanzaría públicamente desde la tribuna de oradores del Reichstag.

De todas formas, aplacada la euforia inicial, ya hacía tiempo que, entre los mejores estrategas alemanes se había impuesto la opinión de que Gran Bretaña sólo se avendría a negociar si se la forzaba militarmente, no mediante fintas del estilo de *Seelöwe* o mediante golpes psicológicos como la amenaza del *Raid*, sino atacando con decisión las rutas por las que discurría la sabia de su Imperio.

De una forma muy resumida el éxito de este principio, desarrollado mediante la denominada "estrategia periférica", se sostenía fundamentalmente sobre dos pilares básicos: una ofensiva a gran escala contra el tráfico mercante británico cuyos protagonistas iban a ser el arma submarina y la Luftwaffe, y el cierre del Mediterráneo con la conquista de sus dos accesos: Alejandría en el este y Gibraltar en el oeste. Según sus defensores, estas últimas operaciones suponían algo así como romperle la columna vertebral al Imperio Británico.

El *Generalmajor* Alfred Jodl, Jefe del Wehrmachtführungsstab—la Plana Mayor de Operaciones del Alto Estado Mayor de las Fuerzas Armadas— y uno de sus más acérrimos partidarios, había dado por fin vía libre a este planteamiento mediante una nota cursada por su departamento el 30 de junio de 1940.¹⁴ Desde ese mismo momento, la puesta en marcha de los estudios necesarios para dar forma a sus diferentes elementos tácticos se había convertido en una prioridad para la Wehrmacht. No obstante, aquella rapidez de reflejos no dejaba de poner en evidencia una lamentable falta de previsión por parte del OKW (Oberkommando der Wehrmacht / Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas Alemanas) sólo explicable si se la contempla como una consecuencia más de las esperanzas puestas en la más que ilusoria entente germano-británica.¹⁵

Prueba de ello es que, apenas habían transcurrido diez días de la emisión de la importante nota, cuando el propio Comandante en Jefe del OKW, *Generaloberst* Wilhelm Keitel, encargaba al Servicio de Inteligencia Militar (Abwehr), la

¹² D. Irving, *Göring*, Planeta, Barcelona, 1989, pág. 306.

¹³ M.G. Saunders, "Operación Catapult. Gran Bretaña ataca a la Flota de Vichy", en *Así fue la Segunda Guerra Mundial*, Noguer-Rizzoli-Purnell, Madrid 1972, volumen I, págs. 273-6. Véase también L. de la Sierra, *La Guerra Naval en el Mediterráneo*, Cap.II "Mers el Kebir".

¹⁴ B. Scheurig, *Alfred Jodl. Gehorsam und Verhängnis*. Propylaen Verlag, Berlin 1991, págs. 134 y ss.

¹⁵ P. Fleming, *Op.Cit.* Cap. VI "Espejismos en la mente hitleriana".

Comunicaciones

realización de un detallado informe sobre las posibilidades de tomar Gibraltar; un informe, cuyas conclusiones debían servir de base a los planes que, en un plazo muy corto, tenían que desarrollar los especialistas de la Plana Mayor de Operaciones de Jodl.

Inmediatamente, tras proceder a una exigente criba, se había confeccionado la lista de los oficiales que debían trasladarse a España para efectuar in situ los estudios tácticos requeridos. Además de su vertiente militar, la misión se situaba en medio de un complicado trasfondo político y diplomático que afectaba directamente a una España cuyo concurso era de pronto vital para el Reich; una España que días atrás había abandonado su condición de neutral para presentarse bajo los difusos perfiles de nación "no beligerante". Para la diplomacia alemana había llegado la hora de comprobar qué había realmente detrás, tanto de aquel ambiguo estatus, como de la entusiasta predisposición a la lucha que Franco había transmitido a Hitler a mediados de mes a través de la conocida misiva entregada por el general Vigón.¹⁶

Por de pronto, la misión en ciernes debía contar con la debida autorización española lo que exigía la preparación de lo que podríamos denominar una especie casi de prólogo diplomático; algo en lo que Canaris ya había estado trabajando durante su viaje a España de finales de junio.¹⁷ Este hecho tuvo que contar con fuerza a la hora de decidir que el propio Jefe del Abwehr encabezara el seleccionado "grupo de trabajo". Verdaderamente, el *Admiral* Wilhelm Canaris aparecía como el mejor orfebre para desarrollar aquella misión en medio del complicado entramado hispano, allanando los posibles obstáculos y asegurándose la colaboración de la inteligencia militar española.

Sus principales bazas eran, sobre todo, el profundo conocimiento que tenía del país, la amistad que le unía con algunos de los más destacados miembros de la cúpula militar y el trato especial que disfrutaba por parte de Franco. Y, finalmente no debemos olvidar que, además de ser un probado partidario de la "estrategia periférica" y de estar especialmente familiarizado con el territorio de Gibraltar y su entorno, una parte importante de los contactos con los españoles se venía verificando a través de su persona.

Después de todo lo expuesto era ciertamente complicado que el capitán Witzig acertara a intuir el denso trasfondo que había tras la misteriosa orden que le había conducido hasta la *Tirpitzufer*. No obstante, todas sus preguntas obtendrían oportuna respuesta aquel día en el despacho de Canaris.

Uno a uno, los oficiales convocados fueron presentándose. Además del propio Witzig, se encontraba allí uno de los mejores expertos en artillería pesada del ejército alemán, el *Major* Wolfgang Langkau, por aquel entonces destinado en la Plana Mayor de la Artillerie Schule de Jüteborg, el *Hauptmann* Osterrecht de las fuerzas paracaidistas y, por último, el oficial de más alta graduación entre los convocados, el *Oberstleutnant* Hans Mikosch del Pionier Bataillon 51, quien pronto comenzaría a revelarse como la figura de más peso dentro de la misión, con la única excepción del propio Canaris.

La presencia del veterano comandante de la que, según sus superiores, era la mejor unidad de zapadores de asalto de la Wehrmacht, supuso una agradable sorpresa para Witzig. El teniente coronel Mikosch era el único que junto a él, lucía en su cuello la preciada *Ritterkreuz*; recompensa que, curiosamente, había ganado gracias a la destacada labor desempeñada por sus hombres apoyando a los paracaidistas de Witzig en la conquista de Eben Emael.

Cuando Canaris les comunicó finalmente que el motivo de su convocatoria era el estudio de una operación para tomar Gibraltar, todas las piezas encajaron al fin en el cerebro de Witzig. Y es que, desde el principio, la presencia de Mikosch y

¹⁶ D. Jato, *Gibraltar decidió la guerra*, Barcelona 1978, págs. 26-27.

¹⁷ L. Suárez, *España, Franco y la Segunda Guerra Mundial. Desde 1939 hasta 1945*. Actas, Ed. Madrid 1997, págs. 216 y ss.



Figura 4. Dos de los personajes directamente relacionados con la operación Félix. A la izquierda el general Jodl y a la derecha el teniente Witzig.

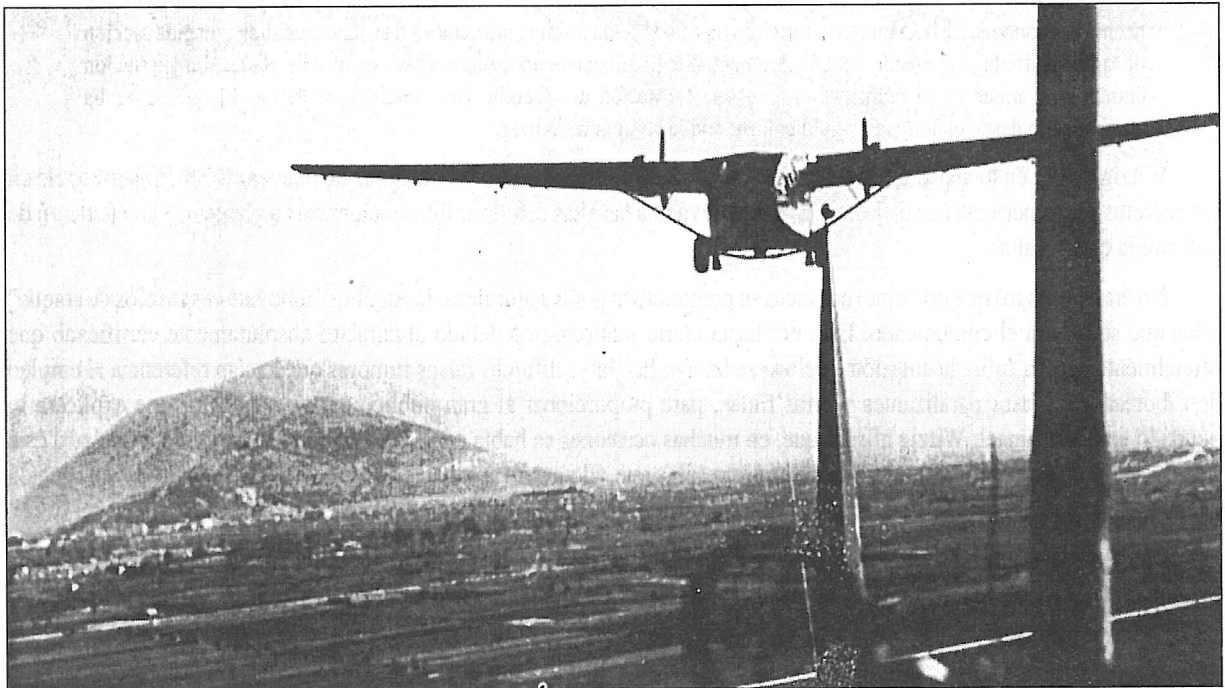


Figura 5. Los planeadores de asalto, cuyo uso fue mantenido en secreto durante bastante tiempo, iban a ser los medios a utilizar contra Gibraltar.

Comunicaciones

la suya propia, unida a la naturaleza del objetivo parecía sugerir con claridad que lo que sus superiores pretendían era ofrecer en la Roca una nueva versión de la hazaña de Eben Emael. La confirmación le llegaría minutos después cuando Canaris le confirmó que su cometido era exactamente estudiar, con la ayuda del capitán de la Luftwaffe, Osterrecht, el último de los integrantes del grupo, qué posibilidades había de utilizar unidades paracaidistas o aerotransportadas en la futura operación contra la colonia británica.¹⁸

La verdad es que, si se analiza con cierta perspectiva, la conquista de Gibraltar suponía a priori la resolución de un problema tácticamente muy similar al que planteaba Eben Emael, aunque a una escala geográficamente algo mayor. Básicamente, se trataba de tomar un reducto fortificado, profundamente situado en territorio enemigo, partiendo de bases relativamente lejanas; un reducto que disponía de recursos defensivos para enfrentarse con ciertas posibilidades a un asalto directo por vía terrestre; un reducto protegido por alambradas, obstáculos y campos de minas, cuya defensa se sostenía sobre un conjunto de casamatas, posiciones de artillería y baterías antiaéreas que le proporcionaban una considerable potencia de fuego; un reducto fuertemente guarnecido que disponía de un reforzado sistema de viejos túneles y que, en una proporción importante, se encontraba rodeado por taludes fortificados de difícil acceso y una especie de inundado foso natural.

Como sabemos, en el caso de Eben Emael el problema táctico se había resuelto mediante una operación sorpresa dividida, a su vez, en dos maniobras fundamentales: un desembarco de tropas aerotransportadas sobre las mismas posiciones para anular sus defensas principales, y un fulgurante ataque desde tierra ejecutado por una fuerza de asalto especializada.

Tanto para Witzig como para Mikosch era difícil no volver recordar el comunicado oficial que la Wehrmacht había hecho público el 11 de mayo anterior refiriéndose a esta operación y que decía:

La posición fortificada más importante de la Fortaleza Lüttich, Eben Emael, que defiende las entradas del Mosa y del Canal Albert, ha sido conquistada a mediodía del sábado. El Comandante y los mil hombres [de la guarnición] han sido hechos prisioneros. El 10 de mayo la fortaleza ha sido tomada tras una infructuosa resistencia por una escogida sección de la Luftwaffe bajo el mando del Oberleutnant Witzig utilizando unos innovadores medios de ataque. La guarnición entregó sus armas en el momento en que una formación del Ejército [los hombres de Mikosch] que avanzaba combatiendo desde el norte consiguió enlazar con la sección de Witzig.¹⁹

Witzig estaba en lo cierto. La gran impresión causada por aquella maniobra, audaz de planteamiento, impermeable en sus secretos y casi perfecta en su ejecución, había llevado a las altas esferas militares alemanas a plantearse la repetición de la fórmula en Gibraltar.

No eran pocos los que por aquel entonces se preguntaban por la naturaleza de aquellos "innovadores medios de ataque" a los que se refería el comunicado. Esto era hasta cierto punto lógico debido al carácter absolutamente clasificado que oficialmente pesaba sobre la cuestión. Incluso se habían llegado a difundir falsos rumores que hacían referencia al empleo de sabotadores, gases paralizantes y otras fintas, para proporcionar al gran público unos argumentos que explicara lo ocurrido en Eben Emael. Witzig afirmó que, en muchas ocasiones se había sonreído interiormente cuando escuchaba este tipo de comentarios porque, él mejor que ningún otro sabía que, además de la audacia de sus hombres, los "medios" que habían hecho posible aquella operación eran unos sencillos artilugios de acero y tela: los planeadores de asalto.

Los alemanes llevaban trabajando en ellos desde comienzos de la década de los treinta cuando, tras asistir a una exhibición de vuelo de planeadores remolcados por aviones Junkers Ju 52, Ernst Udet y Erich von Greim, dos de los ases de

¹⁸ Entrevista personal con Rudolf Witzig.

¹⁹ *Die Wehrmachtberichte 1939-45*. Tomo I, 1 sept. 1939- 31 Dic.1941. págs. 144-145.

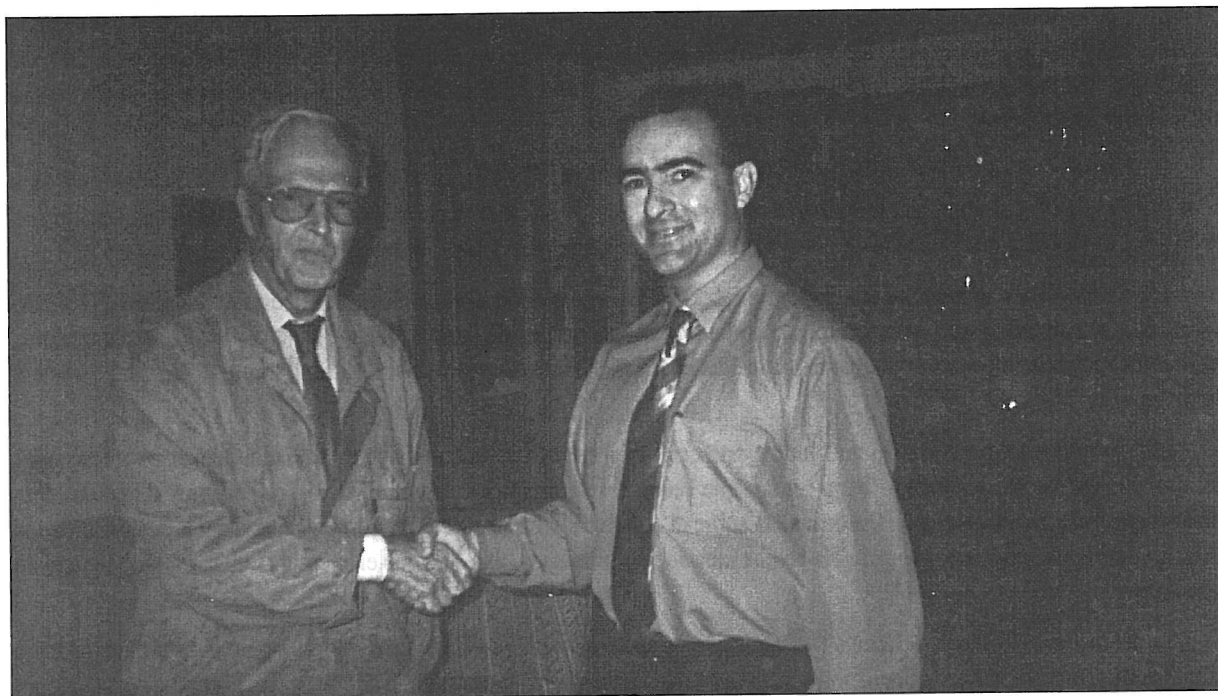


Figura 6. Rudolf Witzig y el autor en el domicilio del primero en Alemania.



Figura 7. Rudolf Witzig conversando con Hitler el día en que fue condecorado.

Comunicaciones

la Gran Guerra que entonces daban forma en secreto a la prohibida fuerza aérea alemana, se convencieron de sus posibilidades tácticas.²⁰ El estudio y desarrollo de los primeros prototipos, efectuado en el seno del Deutsches Forschungsinstitut für Segelflug o Instituto Alemán para el Desarrollo del Vuelo sin Motor, habían culminado en el misterioso medio de ataque utilizado en Eben Emael.

Fabricado en serie por la Gothaer Waggonfabrik desde 1937, el DFS 230 era un planeador de ala alta, fuselaje en forma de cajón y estructura de tubo de acero con revestimiento de tela. Su peso vacío era de tan sólo novecientos kilogramos pudiendo cargar hasta una tonelada de peso, lo que le permitía transportar una decena de hombres con sus equipos.²¹

Tras una serie de experiencias, los responsables de la Luftwaffe terminaron reconociendo que para conquistar un reducto fortificado, el empleo de una fuerza aerotransportada de asalto conducida hasta el mismo objetivo mediante planeadores superaba en posibilidades a un desembarco paracaidista clásico. Las claves para ello se llamaban sorpresa, rapidez y potencia de fuego.

Los aviones de transporte de una fuerza paracaidista alertaban al enemigo y los soldados tenían que descender desarmados en medio del fuego, luego tenían que recoger sus armas y concentrarse; los planeadores de las fuerzas aerotransportadas se aproximaban y aterrizaban sobre el objetivo sin hacer ruido, los hombres iniciaban la acción armados y concentrados por unidades, lo que hacía posible una acción fulminante antes de que el enemigo hubiese tenido tiempo de reaccionar.

Aquel moderno “Caballo de Troya” ya había demostrado su utilidad en Eben Emael y Witzig iba a ser el encargado de estudiar su posible empleo en la operación contra Gibraltar. Göring debía mostrarse sin duda complacido por el hecho de que, dentro del grupo de trabajo seleccionado para aquella importante misión, la Luftwaffe estuviese representada, además de Osterrecht, por un condecorado oficial de su Ayudantía; un oficial al que había conocido personalmente hacía apenas dos meses durante la recepción oficial que, el 20 de mayo, había dado en honor de los mandos paracaidistas condecorados con la Cruz de Caballero en la primera fase de la Campaña del Oeste.

En el verano de 1940, el futuro profesional del capitán Witzig era tan prometedor como las esperanzas que, tras su hazaña, la Luftwaffe tenía puestas en el uso táctico de los planeadores como medio de ataque.

Tal como Canaris les había comunicado durante la reunión, el viernes 20 de julio de 1940, vestidos con ropas de civil y dotados de documentación falsa, los miembros del grupo tomaban por separado el tren que debía conducirle vía París hasta Hendaya, donde estaba previsto que enlazaran con el expreso Irún-Madrid.²²

Canaris había partido horas antes hacia España en automóvil. Al volante le acompañaba el *Oberstleutnant* Hans Piekenbrock, Jefe de la Sección de Espionaje del Abwehr y responsable de camuflar los movimientos de los integrantes del grupo. Con objeto de confirmar el permiso oficial y el apoyo que se iba a prestar a la misión por parte española, nada más llegar a Madrid, Canaris, Piekenbrock y Leissner, Jefe de la red del Abwehr en España, mantendrían dos importantes entrevistas. La primera de ellas con el general de brigada Juan Vigón y el coronel Martínez Campos, Jefe del Alto Estado Mayor del Ejército español y Jefe de los Servicios de la Inteligencia Militar respectivamente, y la segunda y más importante con el propio Franco.

²⁰ C. Bekker, *La Luftwaffe. Historia del Arma aérea alemana durante la II Guerra Mundial*, Ed. Bruguera, Barcelona, 1968, págs. 188 y ss.

²¹ H. Nowarra, *Die deutsche Luftrüstung 1933-45*, Bernard & Graefe Verlag, Coblenza, 1993, pág. 165 y ss.

²² H. Höhne, *Canaris. Patriot im Zwielicht*, Sachbuch, Munich, 1978 págs.404 y ss.

Prueba evidente de las enormes esperanzas que Canaris tenía inicialmente puestas en la idea de conquistar el Peñón mediante una operación aerotransportada la constituye el hecho de que, durante aquellas entrevistas con los militares españoles, no dudó en confirmarles que "iban a ser los ya famosos paracaidistas quienes constituirían la fuerza de asalto contra el Peñón".²³

Tanto Franco como Vigón no dejaron pasar la oportunidad de decirle que la orografía gibraltareña o el impredecible régimen de vientos que azotaba la zona hacía prácticamente imposible una operación de desembarco aéreo. De todas formas, aquellas palabras no afectarían en medida alguna, ni los planteamientos de Canaris ni las tareas asignadas por este a los miembros del grupo.

Pero lo más importante para los alemanes era que, además de compartir valiosa información sobre el objetivo, la Inteligencia Militar española iba a dar cobertura al desarrollo de la misión. De hecho el propio general Vigón y el coronel Ramón Pardo, ayudante de Martínez Campos, iban a acompañarles personalmente hasta Algeciras para facilitarles las cosas ante el Gobernador Militar del Campo de Gibraltar.

Sesenta años después, Witzig todavía se emocionaba al recordar cuando, el 24 de julio de 1940, divisó por primera vez los grises perfiles de su objetivo. Ya hacía varios días que los agentes alemanes destacados en la zona habían sido alertados de su llegada. Aunque se pueden documentar misiones de reconocimiento llevadas a cabo en fechas anteriores, la puesta en marcha de una estación permanente del Abwehr en el Campo de Gibraltar se remonta a la primavera de 1938. Había sido el mismísimo *Korvettenkapitän* Leissner quien se había encargado de la organización de un despliegue que, después de recibir una serie de denominaciones, era en aquellos momentos conocido como *Kriegsorganisation Nachrichten Station Algeciras*.²⁴

Hasta la fecha, los agentes de la KONSt Algeciras se habían venido ocupando, sobre todo, de mantener bien informado al Alto Mando en Berlín de cuanto surcaba las aguas del Estrecho y los alrededores de la base británica.²⁵ En un principio su principal atalaya había sido el faro de Punta Carnero pero en 1940, entre la infraestructura de aquella estación se contaban una serie de pequeñas villas costeras situadas entre Algeciras y La Línea; entre ellas, destacaremos "Villa León I", por ser donde se encontraban los equipos de transmisión que les permitían enlazar con la central en Madrid.

El responsable del funcionamiento de la estación era Albert Garbe, alias "César", un miembro del Abwehr camuflado como agente consular, cuya residencia y puesto de mando se encontraba localizada en una propiedad con excelentes vistas a la Bahía y la cara oeste de Gibraltar. Además del núcleo de agentes germanos, Garbe disponía de un importante número de colaboradores españoles, entre los cuales había oficiales del Ejército, guardias civiles, carabineros y, sobre todo, informadores captados entre los obreros que trabajaban en la base.²⁶

La presencia de Vigón y Pardo permitiría a los alemanes desplazarse con entera libertad por la zona, incluídos aquellos terrenos militares de acceso restringido. La solicitud de apoyo efectuada a los mandos del sector no podía caer en mejor terreno. Tengamos en cuenta que, tanto el Gobernador Militar, general Agustín Muñoz Grandes, como el Jefe de los Servicios de la Inteligencia Militar en la comarca, teniente coronel Eleuterio Sánchez-Rubio Dávila, eran profundamente germanófilos;

²³ L. Suárez, *Op.Cit.* pág. 232.

²⁴ Bundesarchiv Militärarchiv Freiburg i. Briesgau. RM 200/1403 Abwehr Spanien, 209/08j. 15.03.38.

²⁵ Bundesarchiv Militärarchiv Freiburg. RW 20/1403. Abw. Spanien Anlage zum Reisebericht Spanien Ia Über Reise 20.2/20.3. in Spanien. Betr. Marinebesprechungspunkte. El autor se topó con este documento casi por casualidad mientras repasaba escritos y correspondencia pertenecientes a los servicios alemanes en España.

²⁶ P. Sanchez-Gijón, *Planificación militar británica en relación con España desde la derrota de Francia hasta el desembarco anglo-norteamericano en el Norte de Africa (1940-42)*. Cap.I "Planes Militares para ocupar Gibraltar", Instituto de Cuestiones Internacionales, Madrid, 1984, págs. 14-19.

Comunicaciones

el primero se haría luego famoso como Comandante de la División Azul y, respecto al segundo, comentar que no sería aquella la primera ni la última vez que se vería implicado en actividades de información y sabotaje en colaboración con los alemanes.

Desde sus habitaciones en el Hotel Reina Cristina de Algeciras, Witzig y sus compañeros disponían de una magnífica vista del puerto y la cara oeste del Peñón. Pero, según recordaría luego el condecorado paracaidista, todos estaban impacientes por acudir hasta la población de La Línea de la Concepción desde donde sus observaciones iban a tener lugar a tan solo unos metros del territorio enemigo.

Aunque cada uno iba a terminar actuando por separado, el grupo completo se apresuraría a desplazarse hasta la Comandancia Militar de la ciudad. Gracias al apoyo oficial, los alemanes pudieron acceder sin problemas a los altos del vetusto edificio. Frente a ellos se desplegaba el denominado Campo Militar Español limitado al sur por la Verja y, tras ella, el nunca cedido territorio que llevaba hasta la falda del Peñón.

Gracias a sus equipos ópticos pudieron apreciar las mejoras introducidas en aquel “aeródromo de emergencia”, sobre el que luego se trazaría la pista que haría posible la operación Torch, o los incipientes trabajos de fortificación efectuados hasta entonces y que habían dejado su huella en forma de hileras de dientes de dragón, alambradas y campos de minas. Witzig se esforzó especialmente en identificar los emplazamientos artilleros y posiciones defensivas que, aprovechando las viejas galerías del XVIII, se abrían en la misma pared del monte y en la escarpada ladera que cubría la zona de la popular laguna.²⁷

Para que la Wehrmacht pudiese aplicar en Gibraltar la táctica empleada en Eben Emael, sus hombres debían descender por sorpresa sobre las principales posiciones defensivas y anular su capacidad de reacción, facilitando con ello el asalto de los zapadores. El examen de las fotografías proporcionadas por el servicio de inteligencia alemán le había planteado las primeras dudas al respecto pero ahora, la visión directa que se le ofrecía no podía sino confirmar sus peores sospechas. En su mayoría, las *Northen Defences*, las defensas del norte, estaban localizadas en galerías excavadas en el interior del Peñón, ocupaban estrechas cornisas o culminaban profundos escarpes cortados a pico.

El efecto de las pronunciadas pendientes, unido a la impracticable vegetación a base de pequeños arbustos que cubría la zona impedían que los planeadores pudiesen posarse en las cercanías. Ni el mejor piloto podría reducir el riesgo de que los aviones y sus ocupantes terminasen despeñándose por los pronunciados taludes de las caras este y noroeste del monte. Desde ese momento, Witzig no tuvo más remedio que desechar la idea de que las tropas aerotransportadas protagonizaran la maniobra principal del ataque.

Las perspectivas de tomar Gibraltar mediante un desembarco paracaidista masivo de tipo clásico tampoco superó este primer reconocimiento. Ya de entrada, viniesen por el norte o por el sur, los motores de los *Junkers* alertarían a los defensores y los lentos aviones de transporte tendrían que sobrevolar la Plaza bajo un intenso fuego antiaéreo; y lo mismo, aunque presumiblemente en menor grado, sucedería si venían precedidos de una preparación artillera; a estas pérdidas habría que unir también las que se producirían luego durante el descenso. Pero lo más importante era que, a causa del viento y las difíciles condiciones del terreno, lo más probable era que los paracaidistas terminasen cayendo al mar o tomando tierra demasiado dispersos. Por último había que tener en cuenta las escasas, por no decir nulas, posibilidades de que los que consiguieran tomar tierra sobre el objetivo superasen, en medio de la reacción británica, las fases de concentración y armamento para desplegarse y actuar de forma adecuada.²⁸

²⁷ Entrevista personal con Rudolf Witzig.

²⁸ Col. Doc. Witzig. Verwendung von Luftlandeeinheiten zur einnahme von Gibraltar. 01.08.40.

Aquellas primeras conclusiones venían a confirmar la opinión manifestada por los militares españoles a Canarias respecto una operación de desembarco aéreo contra la colonia. No obstante aún quedaba la esperanza de poder emplear fuerzas aerotransportadas para anular algunas de las posiciones clave. De todas formas se trataría ya de una mera acción de apoyo a una maniobra principal de asalto que estaría confiada a los zapadores.

Las fotografías disponibles mostraban que en la mitad meridional de la colonia, justo al norte de Punta Europa, existía una pequeña planicie, llamada Windmill Hill por los británicos e identificada como Windmühlhügel en la documentación germana, que a priori parecía practicable para el descenso de planeadores. De manera que, mientras Mikosch realizaba un reconocimiento aéreo sirviéndose del avión que cubría la ruta Sevilla-Ceuta, o Langkau se esforzaba en la localización de los emplazamientos más idóneos para su despliegue artillero, Witzig y Osterrecht estuvieron recorriendo los diferentes observatorios del faro de Punta Carnero, las villas del Abwehr y los vigilados por las autoridades militares españolas para enfocar con sus prismáticos aquella "Colina de los Molinos de Viento" en la que cifraban todas sus expectativas.²⁹

Pronto llegarían a la conclusión de que aquel sector, de unos cuatrocientos metros de norte a sur por sesenta de este a oeste, seguía siendo impracticable para una acción paracaidista. Las razones que argumentaban tal juicio eran, en primer lugar, que sólo sería posible el lanzamiento de una sección a la vez, apenas treinta hombres, lo que les sustraía de las ventajas de un desembarco masivo; si a ello unimos el fuerte viento que habitualmente azotaba la zona comprenderemos las dificultades que entrañaba para la concentración en tierra de una fuerza tácticamente significativa.

Witzig llegó a concluir que, aún suponiendo que una parte de la artillería antiaérea enemiga hubiese sido eliminada, las pérdidas que registraría un lanzamiento por secciones sobre un enemigo en alerta serían elevadísimas. El uso de los paracaidistas quedó así definitivamente desechado.

Tal vez en este juicio influyese un hecho que, la noche del 25 al 26 de julio, se escenificaría sobre el arco oriental de la Bahía. Según recordaría luego, sobre la una y media de la mañana, una serie de enormes explosiones habían sobresaltado a Witzig y a sus compañeros. La aviación italiana estaba bombardeando Gibraltar. El grupo se reunió en la terraza de una de las habitaciones del Hotel Cristina y, cómodamente sentados en unas hamacas, estuvieron observando, "como si se tratase de una proyección de cine", el sobrecogedor espectáculo de los reflectores, explosiones y ráfagas de los antiaéreos que se desarrollaba frente a ellos.³⁰

Los fogonazos de las explosiones iluminaban a intervalos la totalidad de la característica montera de nubes que, aquella noche, flotaba sobre el Peñón. Los fogonazos provocados por las bocas de los cañones, sobre todo aquellos que se encontraban emplazados en tierra, sirvió a Witzig para calibrar el poder de la defensa antiaérea británica, reafirmando en su opinión de las graves pérdidas que sufriría un desembarco aéreo en Gibraltar que no contara con el elemento sorpresa.

Pudo percibir claramente como los británicos utilizaban un sistema al que coloquialmente se designa como "el cajón". En este, las piezas iban entrando en fuego por sectores, creando un verdadero paraguas antiaéreo de gran efectividad y economía de disparos. Su funcionamiento era bien sencillo. Una vez detectados los aparatos enemigos, se preveía su trayectoria y, mediante una dirección de tiro unificada, se ordenaba a las baterías abrir fuego en el momento en que el blanco sobrevolaba su sector. La acción de aquella noche duró apenas veintidós minutos pero no cabía duda de que, para Witzig, había sido muy aleccionadora.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Entrevista personal con Rudolf Witzig.

Comunicaciones

Como hemos apuntado, la sorpresa seguía siendo el elemento principal. Las tropas aerotransportadas podrían aproximarse sin hacer ruido utilizando los planeadores de asalto, pero Windmill Hill proporcionaba una zona de aterrizaje demasiado exigua que apenas si permitía poner en tierra algo más de una compañía. Eso sí, con la consabida ventaja de que las tropas saldrían de los aviones armadas, agrupadas y dispuestas para caer rápidamente sobre el objetivo que se les asignara.

Estas limitaciones en cuanto al tamaño de la fuerza a emplear condicionaban también el carácter limitado de este. Inicialmente, Witzig pensó en que la acción más útil, teniendo en cuenta siempre los beneficios que de ella pudieran derivarse para el avance terrestre desde el istmo, eran la conquista de la denominada Windsor Battery y la línea defensiva del Moorish Castle; posiciones que los zapadores difícilmente podrían tomar sin practicar un rodeo. En este sentido un asalto sorpresa desde la retaguardia podría ser muy útil.³¹

Sin embargo, esta posibilidad pronto se oscurecería ante el importante riesgo que entrañaba la operación. Ya que, aquella pequeña fuerza aerotransportada podría ser fácilmente aniquilada por el enemigo; bien mediante un contraataque sobre la misma colina efectuado simultáneamente desde las posiciones del norte y Punta Europa, bien mediante acciones de hostigamiento distribuidas a lo largo de los tres kilómetros que los alemanes deberían recorrer entre el punto de desembarco y su objetivo.

Cómo última posibilidad, Witzig llegó incluso a estudiar el uso de planeadores y tropas aerotransportadas para apoyar, con la toma de alguna posición difícil, la fase final del asalto terrestre. A pesar de sus esfuerzos, no tuvo más remedio que reconocer que los posibles beneficios tácticos eran mínimos comparados con el coste que supondría el empleo de una fuerza que, ya de entrada, renunciaba al elemento clave: el factor sorpresa.³²

De manera que, a pesar de la gran ilusión que le suponía la posibilidad de que sus hombres tomaran parte en las operaciones contra Gibraltar, una vez estudiada la influencia táctica que podrían ejercer en el resultado de la lucha, Witzig terminó concluyendo que el empleo de los planeadores contra el Peñón no estaba justificado; y ello, no sólo por la desfavorable proporción entre riesgos y resultados sino, como se encargaría de recoger por escrito más tarde, porque el traslado de su unidad a España -recordemos que los planeadores y transportes tendrían que partir de aeródromos andaluces- y su posterior empleo, desvelaría la naturaleza de unos "innovadores medios de asalto" que habían permanecido en secreto desde Eben Emael.³³ Aún antes de abandonar el Campo de Gibraltar, Witzig haría partícipe de estas conclusiones a los responsables de la misión. Una prueba de la solidez de sus argumentos la constituye el hecho de que, durante la sesión de trabajo que los miembros del grupo celebraron en Madrid el 27 de julio, quedaría meridianamente claro que el empleo de fuerzas paracaidistas y aerotransportadas en la futura operación contra Gibraltar debía quedar totalmente descartado.

El 1 de agosto, ya de vuelta en Berlín los oficiales implicados en el estudio firmaron sus respectivos informes. Al día siguiente Canaris hacía entrega al OKW de un dossier que pasaría a la historia con el nombre de "Informe Mikosch-Canaris" en el cual, como resultado de la labor de Witzig, no se contemplaba la ejecución de ninguna operación aerotransportada contra la Plaza.³⁴

Sobre este informe el departamento del Jodl levantaría luego la conocida *Unternehmen Felix*, la operación para tomar Gibraltar que, en septiembre de ese año él mismo describiría al Ministro de Asuntos Exteriores, Serrano Súñer, durante su

³¹ Col. Doc. Witzig. Verwendung von Luftlandeeinheiten zur Einnahme von Gibraltar 01.08.40

³² *Ibid.*

³³ *Ibid.*

³⁴ Bundesarchiv Militärarchiv. *Unternehmen Felix* Tomo I.

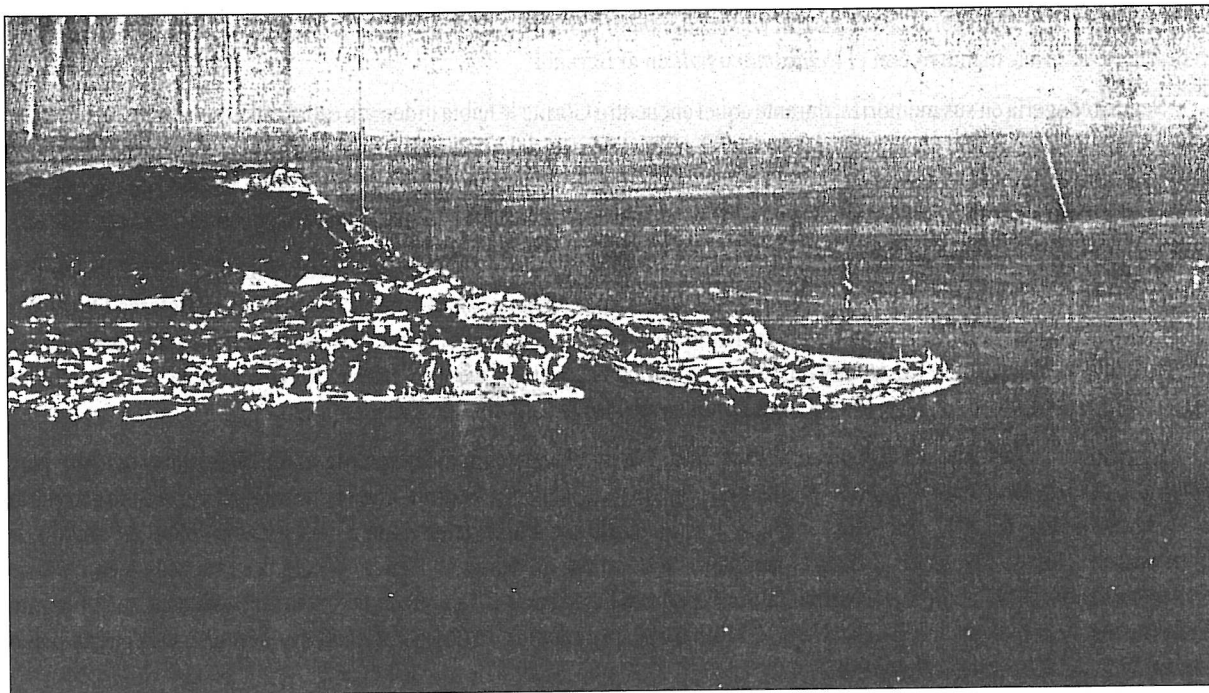


Figura 8. Fotografía utilizada en el informe Witzig en la que se muestra la única zona de Gibraltar en la que era posible un desembarco aéreo.

visita al Berghof. Una acción que iba a estar básicamente a cargo de un contingente terrestre que, tras un importante bombardeo de precisión, tomaría al asalto la Plaza apoyado por el fuego de un colosal despliegue artillero.³⁵

Pero esta operación necesitaba del concurso de una España cuya situación interna sólo le permitía entrar en la guerra apenas cinco minutos antes de su final; una España atezada económicamente que sólo podía dar el gran paso sobre la completa seguridad de una inmediata derrota británica. Eso parecía posible en los momentos en que se redactó la carta entregada por Vigón, pero aquel verano de 1940 las cosas fueron cambiadas. La amenaza de *Seelowe* se había diluido y la batalla de Inglaterra no parecía obtener los resultados deseados.

Según sus propias palabras Hitler necesitaba la colaboración de España para tomar Gibraltar y asegurarse la derrota británica, pero España jamás se iba a comprometer hasta que esta no fuese inminente. Esta sería la clave que explica el “desencuentro” escenificado en Hendaya hace ahora justamente sesenta años. Ya que, por encima de la estrategia mantenida durante la famosa conferencia, por encima de todas las declaraciones de buenos deseos y promesas de futuro realizadas y, por encima incluso de la letra del conocido “Protocolo secreto de Ayete”, los españoles consiguieron sustraer a Hitler la fecha de entrada en la guerra que hubiese permitido a la Wehrmacht poner en marcha los preparativos de Felix.

Ello propició que, durante el invierno de 1940-41 y obviando las conclusiones contenidas en el Informe Witzig, Göring llegase a especular con la posibilidad de proporcionar una solución al tema mediante una operación de desembarco aéreo que permitiese tomar el Peñón sin contar con España. Así al menos lo demuestran las notas recogidas por el Jefe de las Fuerzas

³⁵ R. Súnier, *Entre Hendaya y Gibraltar*.

Comunicaciones

Paracaidistas y Aerotransportadas alemanas, *Generalleutnant* Kurt Student, y que hacen referencia a la conferencia que, el 25 de enero de 1941, mantuvo con el *Reichsmarschall* en el Berghof.

Según recogería en sus memorias, durante aquel encuentro Göring le había ordenado estudiar las posibilidades de tomar la Plaza empleando una fuerza aerotransportada.³⁶ La Plana Mayor del propio Student, cuya jefatura ostentaba el general Schlemm, se encargó del trabajo confiando el estudio a su Oficial de Inteligencia, el *Major* Mors. La frase con la que este cerraría el dossier no podía ser más concluyente: "Gibraltar no es Eben Emael". El Informe Witzig no se había equivocado.

Poniendo en juego mil malabarismos, la diplomacia española conseguiría retrasar la cuestión de la "fecha" hasta que, finalmente, la Operación Felix tuvo que ser pospuesta porque interfería con los preparativos de la gigantesca Operación Barbarroja, el ataque contra la Unión Soviética. Hitler confió a sus colaboradores que el tema de Gibraltar se retomaría una vez finalizada la campaña de Rusia, cuya duración se estimaba en cuatro meses. Como todos sabemos, la lucha contra los rusos terminaría cuatro años después con los tanques soviéticos en la Puerta de Brandenburgo.

El mismo día que estampó la firma en su informe, Witzig abandonaría el Estado Mayor del Ministerio del Aire para tomar el mando de la 9 Compañía del Regimiento de Asalto Paracaidista número 1, con el que tomaría parte en la conquista de Creta. En agosto de 1942 ascendería a *Major* y a finales de ese año sería enviado a Túnez como Jefe del Batallón de Zapadores del Cuerpo Paracaidista. Tras la rendición de las tropas alemanas en África, Witzig fue evacuado y en junio de 1944 se hizo cargo del Batallón del Regimiento de Zapadores Paracaidistas 21, con el que estuvo luchando en el sector central del frente ruso y con el que ganaría las Hojas de Roble que hoy adornan su Cruz de Caballero. Terminaría la guerra como Comandante del Regimiento Paracaidista 18.

Witzig se reincorporó al Bundeswehr en 1956 como *Oberstleutnant* llegando a ejercer como Profesor de la Escuela de Zapadores de Munich. En septiembre de 1974 pasaba al retiro con el grado de Coronel. En la que había sido su residencia durante estos últimos años de su carrera, el coronel Witzig tuvo la amabilidad de recibirme y compartir conmigo el recuerdo de su participación en la misión Mikosch-Canaris, poniéndome a mi disposición además los documentos de su colección personal.³⁷

Después de una agradable jornada, mientras me estrechaba la mano en la puerta de su casa me dijo con una sonrisa:

- Amigo Alfonso, la Operación Félix era militarmente factible y tenía todas las posibilidades de ejecutarse con éxito. La única razón de que no se lanzara fue la negativa de Franco a entrar en la guerra. Pero aún en el caso contrario, las fuerzas aerotransportadas no tenían posibilidad alguna de tomar parte en aquella acción. De todas formas me siento profundamente orgulloso de que en 1940 los generales del Estado Mayor de la Wehrmacht quisieran tener en cuenta la opinión de quien entonces tan sólo era un joven capitán de zapadores paracaidistas.³⁸

³⁶ K. Student, *Generaloberst Kurt Student und seine Fallschirmjäger*, Podzun-Pallas Verlag, Friedberg, *Planung Gibraltar*, pág. 188-189.

³⁷ F. Thomas y G. Wegmann, *Die Ritterkreuzträger der Deutschen Wehrmacht 1939-45*. II Parte, "Fallschirmjäger" Biblio Verlag, Osnabruck 1986, págs. 367-371.

³⁸ Entrevista personal con Rudolf Witzig.